**DE LA GRAMOLA AL RIGODÓN**

**Al principio de la década de los 50, con los primeros pantalones bombachos, empujados por la pubertad, comenzamos a ir a comer la mona Pascua en compañía de las amigas, que se convertían en mujeres y marcaban a sus preferidos rompiéndonos un huevo duro en la frente.**

 **Ellas nos traían la merienda en una cesta como las púberes canéforas de Rubén Darío y nosotros llevábamos vino, gaseosa y licor de menta pensando que, por su color, tenía propiedades afrodisíacas porque en la portería de Palacio donde se anunciaba la moralidad de las películas, el verde señalaba las “Gravemente peligrosas”. No podía faltar una gramola de manivela, con discos La Voz de su Amo y recuerdo que en aquellos primeros bailes las chicas para mantener su pureza hacían verdaderos esfuerzos para que no rozáramos sus incipientes pechos.**

**Fueron pasando los años y las Pascuas. Llegaron las canciones francesas y los bailes se hicieron más afectuosos en las casas particulares, con pocas parejas y a media luz, para favorecer el cuerpo a cuerpo y los besos furtivos. Y un buen día, como el acto de relumbrón de la Feria y Fiestas de la ciudad, llegó la hora de bailar el Rigodón en Fomento. Una parodia cursi y pueblerina de las puestas de largo que veíamos en las películas de la alta sociedad. Los chicos alquilaban un esmoquin en la ropería
Insa de Valencia por 100 pesetas y las chicas, con los trajes de boda de sus madres, se ponían de punta en blanco, porque aquel baile era una ocasión de oro para encontrar un buen partido.**

**Doña Concha, la mujer del pintor Gonzalo López Rancaño, era la maestra de ceremonias y dos semanas antes del gran baile ensayaba uno y otro día los pasos, dengues y reverencias de aquella contradanza de una sociedad pequeñoburguesa que se apagaba poco a poco.**